

que son principales mantenedores el alma gitana de Domingo Parra, que aún doblado y concentrado en el cante y en la guitarra, como se ve en la fotografía, se adivinan los destellos de sus ojos verdes abiertos a la admiración y Reces Casero, el morenito bailarín, de encendido mirar, que lleva en la sangre las reminiscencias ancestrales de la raza.

Desde la torre del Ayuntamiento, quitado en mal hora, se podría ver el corral de La Tercia en día de fiesta, como se ven las cuevas del Sacromonte y los patios del Albaicín, en plena zambra, desde los torreones de la Alhambra. Es el lugar de desgranar Domingo las notas de su vihuela, cerca el jarrete y arrinconada ya la sartén de la consumida fritanga. Al compás de zapateos y palmas, la garganta bruja de Mary echaría a los cuatro vientos, conmovida de emoción, los ecos del alma alcazareña, dolorida, conforme a la fuerza con su descontento, recelosa y cándida, impulsiva y abandonada, crédula y escéptica, vacilante y temerosa de su decisión que se pierde en el oleaje de las dudas menos transcendentales.

Quedará memoria de este ruiseñor alcazareño que hubiera necesitado el aire libre del espacioso bosque, en lugar del confinado de la jaula de la cautividad, para difundir por los espa-



cios los trinos de su garganta. Y la quedará también de estos Barateros, de estos Romaneros, de estos Parra, Reces, Aníbales, Rabines, Palmeños y de cuantos han contribuido con ellos a expansionar el espíritu alcazareño, ennobleciendo nuestra vida y haciéndola mas grata. Ya, a pesar de su juventud, tienen un lugar preferente en la memoria de sus paisanos que cuentan con ellos para todo y después evocarán su recuerdo a cada paso.



La sogá tras el caldero

Máximo, el barbero, tenía unos andares poco marciales, pero tan pausados y seguros que nunca se caía; las caídas las tenía de caletre y de expresión y un día llevó albañiles y estaba mirando al chico del corte como llenaba las espuestas de escombros y las tiraba a la calle por el hueco abierto para poner un antepecho. Le desesperó la lentitud y la torpeza del muchacho y uniendo la acción a la palabra, exclamó:

—No, hombre, no, eso se hace así. Llenó la espuesta en un periquete y la lanzó con tal fuerza que cayó él detrás en el montón de cascotes y tardó mucho en poder sostenerse otra vez sobre sus pinreles.